

dad La conciencia general se subleva contra un Dios de cólera y de venganza; los deístas estaban conformes en este punto con los ateos. ¡Y para convertirlos se les quiere hacer miedo con un señor iritado! ¿No era esto echar leña al fuego? Tal es, sin embargo, el lenguaje del más moderado, del más razonable de los apologistas. Cuando se deja el libro de Bergier, para tomar el del cura flamenco con quien hemos hecho ya conocimiento, casi considera uno como un genio al abate francés. El cura flamenco nos dirá lo que es un filósofo: "Los incrédulos son *libertinos*, aunque tengan más de cincuenta años; no respiran más que *libertinaje*; toda ley, toda autoridad se les hace pesada." Distingue entre los incrédulos, los deístas y los materialistas. ¿En qué consiste el culto de los deístas? "En una admiración de la naturaleza y en un silencio respetuoso respecto de su autor. En cuanto á los materialistas, son *hombres que viven y mueren por completo*." El cura explica luego de cómo las doctrinas filosóficas son una *comedia*, pero no una *broma*: "Todos estos sistemas, hijos de sus desórdenes, no son más que hipótesis ó suposiciones sin pruebas, que parecen forjadas por insensatos, para presentar la razón natural en forma de comedia. Sin embargo, los incrédulos se proponen algo más que una simple broma. No depende de ellos que sus sueños no fuesen reales; su interés los mueve á realizarlos, si fuese posible; porque ¿á qué fin hacen tales sistemas? ¿No será para hacer la guerra á ese gusano oculto que les roe el corazón, á ese remordimiento de conciencia que les incomoda demasiado aun en sus placeres carnales? Sí, sí, este huésped es demasiado importuno y es preciso hacerle perecer," (1).

¿No parece que los filósofos pasaban su vida en los lupanares? ¿No parece que el desorden es cosa inventada por los incrédulos? ¡Cosa singular! el retrato del impío hecho por el presbítero flamenco se parece mucho más al abate Houtteville que á Diderot, á Helvetius y á d'Holbach. La fe no es, pues, un *elixir* contra la inmoralidad. El bueno del cura está animado de las mejores intenciones, pero anda extraviado: la imprecación que dirige á los incrédulos estaría más en su lugar en un sermón para los fieles. "Sentid exclama, la mano de una

(1) *Demostración de la fe católica*, por un cura flamenco. Introducción, p. 3, 4, 6; t. 1, p. 7.

fuerza invencible, y la mano de Dios, que en toda partes os sujeta, sin que haya medio de huir de ella. Por más que digáis: *yo vivo y muero por completo*, bien conocéis que no es el hombre quien se ha dado el ser á sí mismo," (1). ¿Cuáles eran en el siglo pasado los hombres que vivían como si murieran por completo? Los príncipes de la Iglesia; el cardenal Dubois, el cardenal Tencin, el cardenal sodomita á quien el abate Houtteville dedicó su apología de la revelación cristiana.

El cura flamenco tiene al menos un mérito: es sincero, y divierte por una mezcla singular de estupidez y de toco buen sentido. Puesto que nuestros lectores deben ser también algo incrédulos, no podemos hacer cosa mejor, para secundar las intenciones del piadoso presbítero, que transcribir su demostración de las principales verdades de la religión natural. La primera es la existencia de Dios demostrada por el espectáculo de la naturaleza: "Basta considerar la unión del cielo, mirar al cielo y recorrer la tierra con los ojos." Dios es el creador de todo cuanto existe; Moisés lo dice: "Los filósofos que hablan del mundo sin haber consultado á Moisés hacen un caos. ¿De dónde ha recibido movimiento esa pesada masa? ¿Se lo habrá dado ella misma?" Costaba trabajo á los filósofos el comprender la creación. Nada más sencillo, según el cura: "Ya veis cómo construye una casa un albañil; reúne todos sus materiales, su ciencia dirige á su voluntad, por medio de la cual dispone y ordena sus materiales; se pone á trabajar y resulta hecha la casa." Si después de esta luminosa demostración todavía quedan ateos, preciso es decir con el cura flamenco "que son locos y que merecen ser encerrados en un manicomio," (2).

V

Con sentimiento nos despedimos del célebre presbítero; es tan divertido y no menos estúpido que los apologistas de más reputación. Vamos á ver adversarios más serios al parecer: llevan el birrete de doctores y pasan su vida disputando sobre teología: este es su oficio. Pero en el fondo no valen más que el presbítero flamenco; así es que

(1) *Demostración de la fe católica*, por un cura flamenco. Introducción, t. 1, p. 8.

(2) *Demostración de la fe católica*, por un cura flamenco. Introducción, t. 1, p. 11, 21, 23.

Voltaire se divierte con los *gatos peludos* que se llaman doctores de la Sorbona. La docta facultad lanzó una censura contra Raynal. Bien lo merecía el impertinente abad: "Entre los maestros de la incredulidad hubo uno que sobrepaja á los demás por su temeridad y por su ciego furor. Presenta á sus lectores todo cuanto la impiedad ha vomitado de más atroz y de más horrible. Se quita la máscara, y no se ruboriza de dar su nombre; y ¡lo que aumenta el asombro ó más bien la indignación! es ministro de esos mismos altares que, en el exceso de su furor, quiere derribar. ¡Oh días, como nunca, de aflicción, de insulto y de blasfemia!" (1).

Esto son lamentaciones; pero ¿y las razones? Se le cae á uno el alma á los pies cuando ve cuáles son las creencias cuya defensa toma la primera facultad de teología de la cristiandad contra el temerario abad; Raynal no manifiesta gran respeto á las profecías; las califica de sueños: "Nada, dice, es tan natural á la ignorancia como atribuir misterio á los sueños. Esta preocupación produce en los pueblos primitivos las revelaciones, las apariciones y las comunicaciones con la divinidad. Nadie es profeta sin haber tenido sueños: este es el primer aprendizaje del oficio; el que no sueña no predice." "¿Qué impertinencia!" exclama la sagrada facultad. Confiesa que los sueños no presentan ordinariamente al espíritu nada que no sea *vano y frívolo*. Sin embargo, no niega que Dios emplee esta voz frívola y ridícula para descubrir á los hombres el porvenir. "Basta que el profeta esté seguro de que lo que pasa en él es la acción de Dios que le inspira." Pero ¿cómo pueden tener conciencia los profetas de esa inspiración divina, cuando su conciencia está durmiendo? La facultad responde que Dios ha obrado de esta manera muchas veces: la Escritura lo dice, luego no es posible dudar. Aquellos doctos personajes están tan convencidos de que sus sueños son una realidad, que se olvidan de que no todo el mundo tiene la misma convicción. Los incrédulos se burlaban de los sueños proféticos; decirles que Dios los envía y que lo afirma la Escritura, ¿no era excitarlos á reírse de la Escritura y de Dios mismo? (2).

La facultad va á confundir también á esos in-

(1) *Censura*, en RAYNAL, *Historia del establecimiento de los Europeos en las Indias*. Suplemento, p. 156, 158.

(2) *Censura*, en RAYNAL, Suplemento, p. 242.

solentes escépticos con un argumento *ad hominem*, exclama con aire de triunfo: "¿Soñaba también Jesucristo cuando predijo que Jerusalén sería devastada y su templo destruido hasta en sus cimientos? ¿Soñaba Jesucristo cuando prometió á sus apóstoles el Espíritu Santo y todos sus dones, cuando anunció que su Evangelio se propagaría por todo el mundo?" Los triunfos se truecan en derrotas. Hay predicciones *á posteriori*; ¿no sería una de ellas la de la ruina de Jerusalén? ¿quién ha enseñado á los doctores de la Sorbona que los Evangelios fueron redactados antes de la destrucción de Jerusalén? Si hubieran tenido un poco de prudencia, los sabios teólogos hubieran guardado silencio acerca de las profecías de Cristo. ¿No ha predicho el fin del mundo? ¿No ha predicho que sus discípulos volverían á verle? ¿No lo estaban esperando los apóstoles de un día para otro? ¿No se asemejan á los sueños estas predicciones? En cuanto al Espíritu Santo y á sus dones, ¿quién puede tomarlos en serio?

Aun cuando se quemasen los escritos de Voltaire y de Rousseau, y juntamente á Raynal con sus amigos los incrédulos, los apologistas serían bastante para arruinar la revelación cristiana. ¿Por qué el siglo XVIII no quería ya el cristianismo? Porque no podía creer en misterios incomprensibles, y porque no creía que los hombres ganasen en moralidad por creer cosas que no se comprenden. ¿Qué responden los doctores? "Los misterios hacen á la religión más majestuosa, imprimiéndole, por decirlo así, el sello del Eterno." ¿Cómo ha de dar majestad á la religión un galimatías, en el que los hombres no descubren sentido alguno? La Sorbona es tan aficionada al galimatías, que añade el suyo propio al de los misterios: "El Eterno, inmenso é infinito, no puede descubrirse á los hombres sin deslumbrar su razón con una multitud de misterios." ¡De suerte que Dios se descubre hablando en hebreo á los que no entienden una palabra de este idioma! La Sorbona llama á esto *santas oscuridades*: ¿santa ó no, la oscuridad es una manera muy extraña de disipar las tinieblas de nuestra razón!

La facultad insiste y pretende que la razón debe sacrificar su repugnancia creyendo lo que no comprende: esto es, según ella, *el culto más digno de la divinidad*. ¡Qué concepto de Dios, y qué á propósito para atraer al cristianismo á los incrédulos!

Creían que Dios les había dado la razón para servirse de ella. ¡Error! ¡El Creador nos ha dotado de razón para que la cautivemos bajo el yugo de la fe! Viene después un galimatías cada vez más refinado. Los misterios son *tinieblas*, pero *tinieblas majestuosas*, y estas *tinieblas* por su *majestad* enseñan al hombre á concebir una idea más sublime de Dios; estas mismas *tinieblas* hacen al hombre concebir la *excelencia de su naturaleza* (1). ¡Milagrosa virtud de las *tinieblas*! Sin duda es necesario ser doctor por la Sorbona, *un gato peludo*, para ver claro en esas *majestuosas tinieblas*; por nuestra parte no vemos en ellas más que palabras vacías de sentido.

Muchos libres pensadores se hicieron ateos porque el Dios que se les presentaba como único verdadero Dios condenaba en masa á sus criaturas por la más inexplicable de las faltas, una falta cuya responsabilidad pesa sobre nosotros, á pesar de que no habíamos nacido cuando tan enorme pecado se cometió. Raynal llama al pecado original una *blasfemia impía* y á la eternidad de las penas una *atroz extravagancia*. Estas atrocidades eran ya rechazadas en el siglo pasado por los pensadores cristianos. La Sorbona sale á su defensa, y diríase que se propone unir lo ridículo á lo odioso. Confiesa que el dogma del pecado original es uno de los más oscuros; pero dice: cuanto más incomprensible es, más cierto es que ha sido revelado. "¿Cómo concebir, en efecto, que el espíritu humano haya podido inventar un dogma tan extraño á todas sus ideas y admitirlo el universo?" ¡Oh sinrazón teológica, cuán admirable eres! ¡La extravagancia, el absurdo, se convierten en señales de origen divino! ¡Y para convertir á los incrédulos, ó al menos para convencerles de error, se atreve la docta facultad á repetir en pleno siglo XVIII la frase de Tertuliano: *¡Creo, porque es absurdo; creo, porque es imposible!* Si los filósofos se hubieran dignado contestar á aquellos *gatos peludos*, les hubieran invitado á dar un paseo por el Oriente y les habrían enseñado entre los Indios extravagancias mayores aún que los misterios del cristianismo; y si aquellos absurdos no les hubiesen parecido suficientes, habrían visitado en compañía de los doctores de la Sorbona una casa de locos: allí hubieran encontrado de veras la sinrazón: las alucina-

(1) *Censura*, en RAYNAL, Suplemento, p. 194, 196.

ciones de los cerebros enfermos, ¿son tanto más santas cuanto más incomprensibles? (1).

Raynal, sea por táctica ó por un resto de respeto hacia Cristo, quería echar sobre teólogo la responsabilidad de aquellos famosos misterios: "Ellos son, dice, los que han imaginado los castigos eternos reservados para los malos; aprovecharon la debilidad de la infancia para inspirar terror eterno á la razón." ¡Cosa notable! El incrédulo del siglo XVIII está en este punto conforme con los protestantes avanzados de nuestros tiempos: también éstos rechazan esa espantosa creencia y la imputan á los teólogos. Este es el único medio de salvar el cristianismo. Pues bien; es tal la ceguedad, íbamos á decir la imbecilidad, de los defensores oficiales, que hacen todos los esfuerzos posibles para probar que Jesucristo ha enseñado la eternidad de las penas; "y estamos obligados á creerlo, añade la caritativa Sorbona, so pena de incurrir en esos castigos que no han de tener fin." Si esta fuese la última palabra del cristianismo, bien pudiéramos decir que la religión cristiana había concluido. ¡Así sirven los apologistas á la causa de la religión!

Semejantes apologías eran más propias para difundir la incredulidad que para corregirla. Los defensores de la Iglesia acabaron por ver que sus esfuerzos eran estériles; se consolaron diciendo que la incredulidad había sido predicha por los apóstoles, que era un signo precursor de los últimos tiempos (2). También ha dicho Jesucristo que el mundo no duraría más que la generación que le escuchaba. Esto significa, en el lenguaje profético, lenguaje de los soñadores, que el fin del mundo queda indefinidamente aplazado. ¡Vaya con el fin del mundo! Había, efectivamente, un mundo que iba, y deprisa. Estamos en 1787: se habla ya de la convocación de los Estados generales; el mundo antiguo muere; un nuevo mundo se aproxima. Todas las apologías, todas las predicciones, todas las reacciones no le impedirán reemplazar á las instituciones y á la religión del pasado.

§ VI.—¿Quién triunfa?

I

Cuál fué el resultado de la larga lucha á que acabamos de asistir? La Iglesia conservó su poder

(1) *Censura*, en RAYNAL, *Historia*, Suplemento, p. 306.

(2) *Prueba breve, sensible, convincente y persuasiva de la religión católica romana* (Lieja, 1787), p. 120 y siguientes.

hasta la revolución de 1789. Tenía de su parte el apoyo de la fuerza material y todos los intereses inherentes á la conservación de las antiguas instituciones. Pero la protección de la fuerza debilita las creencias religiosas en lugar de robustecerlas, porque prueba que la religión va perdiendo su imperio sobre los ánimos; y ¿qué es una religión que no ejerce influencia sobre las almas? La resistencia que la Iglesia opuso á la corriente que arrastraba á la sociedad, las persecuciones que hizo sufrir á los libres pensadores, exasperaron á todos los que habían abandonado la fe oficial. De aquí ese odio violento contra el catolicismo y ese concierto de maldiciones contra los sacerdotes que estallaron en visperas de la revolución: es el estampido del trueno que anuncia el furor de la tempestad. Voltaire no es escuchado ya; Rousseau predica en el desierto. ¿Quién es el culpable? ¿La filosofía? Esto es acusar á los diques, porque son impotentes para contener las aguas del mar irritado.

Voltaire tenía por corresponsal un rey incrédulo, Federico II. ¡Espectáculo nunca visto en la historia! No porque hayan faltado príncipes incrédulos. Desde el siglo XV se los acusa de haber hecho de la religión un instrumento de su grandeza, lo cual no demuestra una fe muy viva. A partir de la Reforma, creyeron prudente afectar creencias que despreciaban; si Federico desatendió estos cálculos de la política, es porque conocía que no los necesitaba: era una señal de los tiempos, y de las más significativas. Voltaire, rey también, pero rey sin bayonetas, no tenía aquella ruda franqueza. Toda su vida representó una comedia respecto de la Iglesia. Federico le echó en cara aquella hipocresía, ó más bien, aquella cobardía. Cuando Voltaire publicó su *Diccionario filosófico*, tuvo miedo de que lo atrevido de los pensamientos le suscitase persecuciones en su avanzada edad; decía á todo el mundo que el *Diccionario* no era suyo. ¿Qué piensa de esto el rey de Prusia? Escribe al filósofo de Ferney: "¿Qué edificante circunspección en los artículos que se refieren á la fe! De seguro que vuestras reliquias han de hacer milagros... ¿Dónde está, pues, el espíritu filosófico del siglo XVIII, si los filósofos, por miramientos hacia sus lectores, apenas se atreven á dejarles entrever la verdad?" (1). Después de la muerte de Voltaire, Federico escri-

(1) *Obras completas de FEDERICO*, t. XXIII, p. 182; *Carta* de 29 de Enero de 1771.

bió á d'Alembert que su común amigo había tratado con demasiada consideración al cristianismo: "¿Qué oprobio para el clero de Francia haberse enseñado tan tenazmente contra el grande hombre que hemos perdido! Sostengo que esos tonsurados son unos ingratos. Muchas veces Voltaire ha quitado el hierro á las flechas que les lanzaba, para que las heridas no fuesen demasiado vivas. Si alguno tuviese con ellos menos consideraciones, podría aplastarlos para siempre, porque aun no se ha dicho todo. Los filósofos han hecho algunas escaramuzas por diferentes lados; pero esos charlatanes de la superstición no han sido aún atacados á fondo, batidos y disipados enteramente. Las armas están preparadas para este combate; y si yo fuese joven, atacaría como Hércules á esa hidra de Lerna, esa hidra pontificia cuyos vicios concentrados hacen renacer sus cabezas. Por una parte, la verdad desvanecería sus absurdas fábulas; por otra, la virtud pondría de manifiesto el tejido de crímenes con que se ha manchado la jerarquía eclesiástica. Pero estas armas necesitan ser manejadas por manos vigorosas, y las mias están atacadas de gota," (1).

¿Qué viveza de odio y qué insultante desprecio! Los dogmas cristianos inspiran á Federico verdadero disgusto; escribe á Voltaire: "La antigüedad no ha imaginado nunca un absurdo más atroz y más blasfematorio que el de comerse á su Dios. Es el dogma más irritante, el más injurioso al Ser Supremo, el colmo de la locura y de la demencia," (2). La historia del cristianismo es la historia de nuestros extravíos: "Todo el universo ha sido imbécil, desde Constantino hasta Lutero, en disputar en una jerga ininteligible acerca de visiones absurdas, mientras la Iglesia cimentaba su poder temporal á favor de la credulidad y de la estupidez de los principios y de las naciones," (3). Cuando Federico dice que la credulidad humana ha durado hasta Lutero, no se ha de creer que atribuye al protestantismo el renacimiento de la razón; ni es protestante ni católico, es libre pensador. A la filosofía, dice, debe su libertad la humanidad: "Los filósofos, esas almas divinas, nacidas de la razón universal, son los que, enseñando á

(1) *Obras de D'ALEMBERT*, t. XVIII, p. 228.

(2) *Carta* de 19 de Marzo de 1776 (*Obras de FEDERICO*, tomo XXIII, p. 371).

(3) *Carta* de 1779 á d'Argens (*Obras de FEDERICO*, t. XIX, página 317).